



Carlos Hernández Morado

Cuando llegué a Jyväskylä no necesité mucho tiempo para darme cuenta de que mi vida aquí iba a ser bastante diferente a como es en Madrid. Kilómetros de bosque rodeando una pequeña ciudad de apenas 133.000 fríos y tímidos habitantes, grandes lagos helados llenos de silencio, montañas de nieve allá donde mires y calma.

Ahora, casi tres meses después, toda esa gente parece más cercana y viva, el hielo se ha convertido en agua y la nieve ha dado paso a flores y caminos marrones y verdes, pero todo sigue en calma.

He tenido que aburrirme, perderme, chapurrar, trabajar y adaptarme para hacer de este lugar mi sitio, para finalmente entender que lo más importante de cualquier experiencia no es cuanto te llevas, si no que aquello que te llevas, sea para siempre.

“Kilómetros de bosque rodeando una pequeña ciudad de 133.000 fríos habitantes”

When I arrived to Jyväskylä I didn't need too much time to realize that my life here was going to be pretty different as it is in Madrid. Kilometers of forest surrounding a small city of just 133.000 cold and shy



inhabitants, big frozen lakes full of silence, mountains of snow anywhere you look and calm.

Now, almost three months later, all those people seem closer and more alive, the ice has turned into water, the snow has disappeared giving rise to flowers and brown and green paths, but everything is still calm.

I had to get bored, to get lost, I had to patter, I had to work and I had to adapt myself to make this place my place. And I made it to, finally understand that the main thing of any experience is not how much you get, but that what you get is for ever.

